que cumpliese sus obligaciones. Su respuesta fué significar preparado á variar de conducta en lo sucesivo como de facto lo ha hecho.

Día 29. — Salió S. E. para la hacienda de Amoltepec, distante de Zacatlán dos leguas, con el fin de verse con el Sr. Osorno y conferenciar sobre varios puntos especialmente sobre una representación que hizo este jefe al congreso, haciendo dimisión de la comandancia general. Allí se recibió la noticia de haber sido destrozada una partida enemiga de doscientos hombres que convoyaba diversos efectos para el pueblo de Apán, por las divisiones de los coroneles Serrano y Espinosa, con muy corta pérdida de nuestra parte y la de setenta y tantos de los enemigos, entre ellos dos oficiales perversísimos. Se le tomaron las cargas que conducían, y muchas armas y vestuarios que dejaron en el campo de la acción, que fué á distancia de tres leguas de Apán.

Á las cinco de la tarde regresó S. E. para Zacatlán.

El autor, después de insertar el Diario que acabamos de extractar y de copiar en parte, y que en el original acaba el seis de Setiembre de 1814, continúa de esta manera :

IV.

Hasta aquí llega el Diario de las operaciones militares y de gobierno del general Rayón, en un período bien desgraciado para este caudillo, tanto por la insubordinación y desconcierto de los que debían haber cooperado al sostén de la causa que proclamaron, cuanto por la falta de otros elementos que desarrollaran sus intenciones y compromisos. Rayón lo conoció así, y si continuó en Zacatlán, fué por la dificultad que tenía para atravesar por entre divisiones enemigas con un pesado tren de artillería, y mucho menos en la estación de lluvias, la larga distancia que lo separaba de su hermano D. Ramón, fortificado entonces en el cerro de Cóporo, adonde había pensado retirarse ; y también lo detenía la falta de recursos pecuniarios, y la espectativa del resultado de unos comisionados que había mandado á Oaxaca con objeto de hacer una contrarrevolución en aquella provincia, lo que se le frustró.

Entretanto, el gobierno español, que no podía ver con indiferencia que Rayón desafiase su autoridad en un punto tan inmediato, contrapesán-

dolo con diversas providencias que la hacían ilusoria en aquellos contornos, y en la provincia misma de Oaxaca, dispuso que el coronel D. Luis del Águila, á quien había conferido el mando de las tropas que quedaban en los Llanos de Apán y de otras que hizo marchar al mismo rumbo, se acercase á Zacatlán con objeto de atacar y destruir la reunión formada en ese punto. Marchó Águila ocultando sus movimientos y sorprendió á los americanos la mañana del 25 de Setiembre de 1814, apoderándose de la artillería, municiones, archivos y hasta el equipaje de Rayón, quien pudo haber caído en poder de los enemigos, si éstos por la oscuridad y lluvia no se hubiesen extraviado antes en un espeso monte á dos leguas de Zacatlán, lo que hizo que se presentasen cuando había amanecido, y que los americanos contuviesen sus avances por los momentos precisos para salvarse Rayón, Don Carlos Bustamante y algunos otros.

El desastre de Zacatlán se atribuye á Osorno, por no haber dado parte á Rayón de los movimientos de Águila, presumiéndose con fundamento que los supo; pero deseaba que los realistas lo librasen de un huésped que le era molesto, y á quien había tenido que dejar dueño de aquel rumbo. Con efecto, para Osorno y todos sus subordinados eran intolerables las ideas de orden de Rayón, y el que hubiese otro que se apoderase del

mando absoluto que ellos ejercían; así fué que lo vieron destruir sin dar paso ninguno en su auxilio, y Osorno volvió á Zacatlán cuando las tropas reales lo abandonaron.

Rayón y Bustamante emprendieron su marcha hacia el pueblo de Tomatlán, perseguidos por algunos dragones que no pudieron darles alcance, y lograron llegar á la hacienda de Alzayanga en busca de Arroyo á quien no encontraron sino en otra hacienda, inmediata á San Andrés. Los recibió Arroyo con agrado y proveyó á su necesidad, que era extrema, pues no habían salvado más que la ropa que tenían puesta, y una petaca que llevaba un tejo de oro y poco más de mil pesos. Perseguidos allí por Hevia, resolvieron separarse, partiendo Bustamante á la barra de Nautla con destino de embarcarse y marchar á los Estados Unidos para solicitar la protección de aquel gobierno; y Rayón emprendió una marcha rapidísima, pasando por el centro de divisiones enemigas y á las inmediaciones de los valles de México y Toluca, venciendo en tres días y medio la distancia de ciento sesenta leguas que hay desde San Juan de los Llanos hasta la fortaleza de Cóporo, adonde se dirigió. En este punto se recibió del mando, y sus providencias, apreciadas y obedecidas por un puñado de hombres que á diferencias que los que acababa de dejar, fueron más dóciles á la razón

que á sus pasiones, dieron el resultado de que voy á hablar.

El cerro de Cóporo presentaba en la única parte accesible un frente de corta extensión, defendido por cuatro baluartes regularmente construídos, tres baterías en los intermedios, formadas con saquillos de tierra, un foso delante de las trincheras, y á distancia de treinta ó cuarenta varas de éste una buena tala de árboles de espino. Por la izquierda del frente subía una vereda poco usada, muy áspera y pendiente, y todo lo demás de la circunferencia era enteramente impracticable. La defensa de esa vereda se confió al mando de un indio llamado Primitivo, de quien tomó nombre el punto, así como se daba el de Pastrana á otro que por el lado opuesto se encargó á un capitán de ese nombre. Las alojamientos consistían en pequeñas casuchas de otate, y sólo Rayón con su familia y hermanos ocupaban tres cuevas situadas á la derecha de los parapetos, y tan próximas á éstos, que la artillería descansaba sobre sus bóvedas. Los almacenes estaban medianamente provistos de víveres y municiones, y el agua se depositaba en una grande presa ó aljibe, pues aunque corre un pequeño arroyo por el mismo cerro, pero por este tiempo se encontraba enteramente seco. La guarnición la componían unos setecientos hombres de los que cuatrocientos estaban armados de fusil, y los demás

eran artilleros é indios destinados á rodar peñas sobre los asaltantes. Había quince cañones de todos calibres, y entre ellos uno de á diez y ocho de muy buena construcción, y tan bien servido que por sus efectos los mismos españoles le pusieron el nombre del « Padre barrendero ».

En oposición á tan débiles elementos, el gobierno español empleó los muy poderosos de que disponía. El brigadier Llano, como principal, y Don Agustín Iturbide, como su segundo, fueron los destinados para combatir y tomar á Cóporo. Salió Llano de su cuartel general en Acámbaro el 16 de Enero de 1815, mandando una fuerza de más de tres mil hombres de todas armas, y se dirigió por Tlimbo á Tuxpán, de donde Iturbide salió con setecientos hombres en persecución de D Francisco Rayón, que se decía estar en el pueblo de San Andrés, y no habiéndolo encontrado, siguió á Zitácuaro hasta Aguangueo sin más resultado que tomar algunos prisioneros, de los que fusiló á cuatro en este punto. El 23 se incorporó al ejército, que siguió su marcha el 26 á Jungapeo, y el 28 quedó establecido al frente del fuerte.

La primera operación de los sitiadores fué abrir un camino para poder subir la artillería á una altura situada al costado izquierdo de la fortificación, donde colocaron una batería de ocho cañones y dos obuses, que rompió el fuego sobre la

plaza el 2 de Febrero: diez días la combatieron sin éxito, por lo que determinaron acercarse á los parapetos, construyendo para el efecto algunas obras, y un camino cubierto que el 27 de Febrero habían avanzado á distancia de ciento treinta varas de las baterías; intentaron también incendiar la tala de espinos que les impedían el paso, arrojando camisas embreadas que no produjeron el efecto que se deseaba. Rayón, por su parte, obró ingeniosamente contra aquellos amagos. Mandó dar un tiro en el foso y formar un cañón subterráneo hasta afuera de la tala, con intento de volar las obras de los sitiadores y ofenderlos impunemente por las ventilas que se abrieron á ciertas distancias de la misma labor, desde donde se dió muerte á algunos centinelas; y ordenó una salida de poca gente pero de confianza, que al abrigo de una loma que los ocultaba y protegidos por un vivo fuego de cañón del fuerte, cayó impetuosamente sobre la espalda de una trinchera avanzada de tercias de algodón, logrando dar muerte á algunos que lo defendían, quitarles las armas, varios instrumentos de zapa y quemar la trinchera, que no pudo ser apagada porque lo impidieron las mismas descargas del fuerte. Llano, en vista de tan malos resultados, mandó suspender el camino cubierto.

Desde el 5 de Febrero se había celebrado un consejo de guerra entre los principales jefes sitia-

dores, en que se trató del ataque del fuerte; todos estuvieron porque se diese, menos Iturbide, que opinó contra el parecer de sus compañeros, resignando, sin embargo, su opinión á la de éstos, y comprometiéndose ir á la cabeza de las columnas que lo emprendieran.

Llano, que había visto lo infructuoso de los medios que se intentaron contra la plaza, resolvió que se diese el asalto, y por orden del 3 de Marzo lo encargó al mismo Iturbide, poniendo á sus órdenes las mejores tropas, y previniéndole que lo efectuase por la vereda lateral, que, según las noticias que tenía, era practicable.

Entre las tres y las cuatro de la mañana del día 4, quinientos infantes y doscientos caballos realistas se empeñaban en la estrecha vereda por donde debía verificarse el ataque, yendo á su cabeza con muy pocos hombres de frente los granaderos y cazadores del fijo de México, al mando del capitán Filisola: casi tocaban el parapeto en el mayor silencio sin ser sentidos, cuando un incidente inesperado vino á advertir á los del fuerte el peligro que corrían. Filisola había dejado atado en su tienda un perro que acostumbraba acompañarlo por todas partes; el animal se soltó, y corriendo en busca de su amo, luego que le encontró empezó á ladrar y festejarlo: al ruido despertó el centinela y dió el quién vive. Los realistas, viéndose descubiertos, se arrojaron al parapeto: los

defensores de éste y los que acudieron después rompieron un vivo fuego sobre los asaltantes, que contestado por éstos, y por sus baterías y por las partidas de tiradores que avanzaron por el frente como si por allí fuera el ataque, generalizóse éste en ambos campos y la acción fué reñida y sangrienta. Se encarnizaba particularmente en la vereda, donde los oficiales realistas hacían prodigios de valor; pero de nada les valía para poder vencer el que por su parte habían desplegado los americanos: el vivo fuego de la trinchera y las peñas que rodaban desde la altura bajaban rebotando por las pendientes, arrastraban filas enteras de enemigos, haciendo tales estragos, que concluyeron por desbaratar la primera columna, rechazar la segunda que vino en su auxilio, al mando del capitán Pérez, compuesta de los granaderos de la corona y Nueva España, la primera compañía de Zamora y un piquete de Tlaxcala, y dar, en fin, á la plaza una completa victoria, en que vió la espalda á las buenas tropas y mejores jefes realistas, que derrotados y con gran pérdida no tuvieron otro recurso que el de la retirada.

Viendo Llano el mal resultado de sus intentos, convocó una junta de guerra, á que ocurrieron todos los jefes del ejército, y oído su dictamen, que fué, sin excepción de alguno, que sería inútil otra tentativa, levantó el campo el 6 de Marzo, intentando

antes persuadir á sus soldados que habían conseguido una espléndida victoria.

Se retiró el ejército realista y la guerra contra Cóporo se redujo á privarlo de toda clase de recursos, expedicionando incesantemente por sus inmediaciones para lo cual se comisionó al coronel D. Martín Matías de Aguirre.

Después de estos sucesos, el general Rayón permaneció en Cóporo ocupado en mejorar la fortificación de la plaza, proporcionarle toda clase de recursos y defenderla de las hostilidades de Aguirre y los empeños del gobierno español para quien era un punto de honor el ocuparla. Allí supo la desgracia de su hermano D. Francisco, que hallándose en Tlalpujahua, fué sorprendido y preso por el mismo Aguirre, el primero de Diciembre de 1815, y pocos días después pasado por las armas en Ixtlahuaca.

El jefe español quiso antes seducir la fidelidad de Rayón, ofreciéndole el indulto con la vida de su hermano; pero aquel caudillo contestó enérgicamente desechando lo primero, y reclamando para el segundo los derechos de la guerra. Fué muy notable que esas mismas fuesen las ideas de Doña Rafaela López, madre de los Rayones, porque habiéndose solicitado por alguna persona su influencia y empeños para que cediesen sus hijos, contestó que quería verlos afrentados con el indulto, y que prefería ver á Don Francisco y los demás, correr la

suerte de las armas. Este patriotismo y el sacrificio de aquella víctima han sido indignamente correspondidos, dejando perecer en la miseria á la única hija de Don Francisco Rayón, que hace pocos días ha muerto (1854) en clase de sirvienta en la villa de San Miguel de Allende.

La idea siempre fija del Lic. Rayón, fué la del establecimiento de un gobierno que diera impulso y arreglara la revolución. Por esos días se había formado uno que llevaba el nombre de junta de Jaujilla, por este fuerte el lugar donde fijó su residencia; pero que no reconociendo otro origen que la voluntad de algunos comandantes sospechosos que se olvidaron de Rayón, cuando más derechos tenía para ser considerado, y llenando los deseos de éste, lo desconoció fundado en eso mismo, y en que no cuadraba á su carácter y antigua representación, sujetarse al primero que quisiese revestirse con el poder que repugnaba la mayoría. Á esto se llama ambición; pero ambición noble que no tolera el ultraje de una investidura tan antigua como honrosamente adquirida, y que Rayón quería se respetara por la convicción en que estaba de que siempre la encaminaría al cumplimiento de sus buenas ideas, en orden á la revolución y sus consecuencias. Con la mira, pues, de organizar un gobierno y hacerse reconocer por la multitud de guerrilleros que sin plan fijo y sin superior alguno vagaban por aquellas

provincias, salió de Cóporo en Setiembre de 1816, dejando la fortaleza al cuidado de su hermano D. Ramón.

Se dirigió para Tancítaro, en donde á la sazón se hallaba el comandante americano Vargas, que como el principal en la formación de la junta de Jaujilla, no debía ver con buen ojo á un jefe que se atrevía á desconocerle; le hizo sin embargo un buen recibimiento, y con los agasajos intentó cubrir la horrenda traición que meditaba.

Con efecto, á Vargas nada le importaba ya la Junta: había resuelto indultarse, y para verificarlo con mejor éxito trataba de hacer algún señalado servicio al gobierno español. La ocasión le presentó á Rayón, lo agasajó, y para entretenerlo hasta los momentos precisos, lo invitó á ver el fuerte de San Miguel Cuiristarán, que el mismo Vargas había hecho construir sobre una altura en la provincia de la Nueva Galicia.

Rayón examinó las obras y acopios de ganado y víveres, pasó la noche tranquilo y esperó la madrugada del día siguiente para retirarse, á cuyo efecto había determinado que muy temprano estuviesen dispuestos sus caballos y los de su escolta, retirados entonces en unos potreros á distancia del fuerte. Amaneció y no parecieron: dieron las diez, y tampoco llegaron, no obstante sus reiteradas órdenes. Sospechó entonces que Vargas intentaba jugarle

alguna burla, y dirigiéndose á él seriamente, lo hizo arrestar, lo mismo que su segundo Salgado, y amenazándolos sobre que si había dado aviso á los realistas del pueblo inmediato de los Reyes para que viniesen á aprehenderlo, se defendería hasta el último extremo, y los primeros tiros de su escolta se dirigirían sobre la cabeza del mismo Vargas, consiguió intimidarlo, y que la remonta se presentase en el acto. Rayón salió inmediatamente del fuerte, y éste se entregó por el traidor de Vargas al día siguiente á los españoles, es decir, el 10 de Diciembre de 1816.

Partió Rayón con dirección á Tancítaro, donde había dejado el resto de su tropa ; pero amenazado muy cerca por el enemigo, situado en los Reyes, se dirigió á Apatzíngaro y luego al río de las Balsas, que pasó por el punto que llaman del Marqués, burlando con esto los movimientos combinados de los realistas, que creyeron rodearlo completamente arrinconándolo contra el río. Con poco más de cincuenta hombres se encaminó á las inmediaciones de Pátzcuaro y Zacapo, con el doble objeto de reunir las fuerzas de los guerrilleros Sánchez y Huerta, y atacar con ellas y la suya una gruesa partida cerca de Ario.

Los forrajeros de ésta descubrieron á Rayón, y la partida se plegó á Pátzcuaro, para donde siguió este jefe, é hizo alto en sus inmediaciones con objeto

de informarse de la fuerza enemiga que había, y proveerse de víveres, de que estaba absolutamente escaso. Salieron para esto D. Juan Pablo Anaya. D. Ignacio Gutiérrez y el Padre Melgarejo con ocho dragones ; pero al entrar en el pueblo lo hacía por el lado opuesto Linares con trescientos infantes y doscientos setenta caballos, que había salido de antemano de Valladolid en persecución de los americanos. Éstos se vieron prontamente acometidos y desbaratados ; y Rayón, que supo la desgracia y no podía pasar adelante por lo cansado de su caballería, se situó en un *mal país*, donde á poco fué atacado por trescientos dragones á quienes repelió en dos acometidas bruscas que le dieron y pasó después á Ario : aquí supo que por un efecto de sus combinaciones, las partidas de Huerta y Sánchez habían atacado con buen éxito la de Valladolid.

De Ario siguió su retirada entre los mayores peligros, y como obra de la necesidad aumentó su osadía : tocó en las inmediaciones de Pátzcuaro y se dirigió á Jaujilla con ánimo de fortificar aquel excelente punto, hacerlo la residencia del gobierno que deseaba ver instalado, y prestar un apoyo á las partidas sueltas y á los pueblos adictos á la causa, que estaban indefensos y comprometidos. En Jaujilla supo la capitulación de fuerte de Cóporo hecha por su hermano D. Ramón en 7 de Enero de 1817.

Este golpe puso á prueba la constancia de Rayón,

y fué necesaria toda la firmeza de su carácter para sobreponerse al abatimiento que le causara. Publicó con esto motivo varias proclamas reprobando altamente la conducta de su hermano y animando á los suyos á seguir con empeño en la defensa de la causa, no obstante aquella pérdida: puso muy sentidas cartas á sus hermanos, y despreció las garantías que le daba la capitulación en que había sido comprendido. Más tarde, esta honrosa conducta destruyó completamente el único punto de defensa, que se intentó hacer valer en su causa.

Hasta hoy la prosperidad y la desgracia habían alternado en la carrera pública de este caudillo, ya viendo coronados sus empeños por la victoria, ó ya abatidos por el infortunio; pero le restaba agotar este último como para poner á mejor prueba su constancia, y hacer que resaltasen más y más su patriotismo y demás virtudes civiles.

Rayón había desconocido á la junta de Jaujilla, y así por esto como por la reciente conducta de su hermano en Cóporo, se atrajo la persecución de los americanos que se decían sujetos á aquel gobierno, y suponían en él las mismas ideas que en los capitulados: perseguido, pues, por orden de la junta y amenazado por varios jefes americanos de las inmediaciones de Jaujilla, trató de retirarse hacia el Sur con unos cien hombres que le quedaban, y en su tránsito por el pueblo de Purungueo se le

presentó su esposa con sus hijos, despachada por Aguirre con la capitulación de Cóporo é instrucciones de que lo determinara á acogerse al indulto en que fueron comprendidos todos los Rayones. Don Ignacio despreció la oferta en lo particular, como ya lo había hecho antes de una manera pública.

Durante su permanencia en Purungueo, una partida del jefe americano Muñiz que poco después se indultó, se apoderó en una noche de toda su remonta, é imposibilitado de continuar su marcha, buscaba algunos caballos en los ranchos inmediatos cuando llegó Don Nicolás Bravo con orden de la Junta para desarmarlo y prenderlo: así lo hizo en el pueblo de Zacapuato, mediando antes un convenio, según el cual Rayón no podía ser juzgado por la Junta sino por otra nueva que se nombrase ad hoc por los comandantes; se le debían guardar todas las consideraciones debidas á su alto carácter, y se le debían ministrar los recursos indispensables á su seguridad y subsistencia: bajo estas bases fué conducido á la estancia de Patambo, en donde estaba ya preso su hermano D. José María, y allí fué custodiado por doce hombres al cuidado de Don Manuel Elizalde, segundo de Bravo, y de Don Pedro Villaseñas, miembro de la junta, encargado por ésta de vigilar sus movimientos.

Rayón en Patambo sufría inocentemente las persecuciones de los suyos; y era, además, el objeto

en que intentaba cebarse la saña implacable de los realistas, y muy particularmente la de algunos intrigantes, ó de esos hombres sin fe que aparecen por desgracia en las convulsiones políticas, para engañar á todos los partidos y medrar á su sombra. Un Elizondo había vendido á los primeros caudillos de la revolución; y un Don Juan Antonio de la Cueva, con el cura de Ayacapixtla, D. J. Felipe Salazar, habían de entregar á Rayón, Verduzco, y otros de los jefes americanos que les acompañaban.

Cueva había estado en el partido de la revolución, y comerciaba con los americanos y los pueblos ocupados por éstos, transitando por ellos libremente: pasó después á los realistas y levantó una compañía en San Martín de los Lubianos, de que era capitán, siendo su residencia en Tejupileo. Salazar tenía mucho conocimiento de aquellos países, habiendo administrado curatos en ellos. Estos dos hombres propusieron al virrey apoderarse de Rayón y Verduzco, y para el efecto, Armijo recibió la orden de auxiliarlos.

Tomadas sus disposiciones, se reunieron en Tejupilco y emprendieron su marcha el 9 de Diciembre de 1817, con dirección á Patambo, logrando caminar sin tropiezo; porque para evitar toda sospecha decían que eran insurgentes de la partida de Vargas, que aun no se había indultado. Pasando cerca de Puridsucho, se separó Cueva con

cuarenta hombres en la mañana del diez; sorprendió en dicho punto á Verduzco, y se reunió después con Salazar en el paso llamado del Corrizal, á orillas del Mescala. Bravo supo la prisión de aquel caudillo, y con la gente que pudo reunir salió en busca de los que la habían ejecutado, á los cuales encontró pasando el río de las Balsas, y después de un corto tiroteo, tuvo Bravo que retirarse. Entonces Cueva y Salazar, aprovechando los momentos, escogieron treinta dragones, y saliendo del Corrizal á las cinco y media de la tarde, del mismo día 10, llegaron á Patambo á las dos y cuarto de la mañana del 11, y circunvalando la casa de la hacienda, fueron sorprendidos Rayón con toda su familia, los coroneles D. Ignacio Martínez y D. Miguel Sevilla, D. Manuel Alfonsín y el cura de Ajuchitlán, Don Pedro Vázquez. Rayón se presentó con el sable en la mano; pero no pudiendo hacer resistencia alguna, se limitó á recomendar que su familia fuese tratada con el debido decoro.

Los presos se pusieron en camino en la madrugada del 11 dejando á Don José María Rayón, que estaba loco; y sin detenerse un momento, llegaron á Ajuchitlán, en cuya iglesia se hicieron fuertes sus conductores porque se vieron amenazados por Bravo, que había puesto en movimiento la gente de las inmediaciones, con intento de poner en

libertad á los presos. Armijo, que conforme á las ordenes del virrey, había hecho un movimiento de toda su línea, y protegía las operaciones de Cueva, llegó á tiempo para impedir que Bravo atacase y para obligarlo á desistir de su intento. En esta vez las órdenes de Armijo fueron que en el momento que los americanos rompiesen el fuego los presos fuesen fusilados, sin exceptuar á los niños y mujeres, siendo notable que Rayón llevaba cuatro hijos y el menor no cumplía siete años.

Armijo condujo á los presos á Teloloapán comprendiendo ya entre ellos el mismo Bravo, á quien sorprendió en el rancho de Dolores.

De Teloloapán fueron llevados á Cuernavaca por una fuerte escolta al cuidado del capitán Armijo, hijo del coronel, quien por orden del virrey, de 12 de Enero de 1818, los entregó al comandante de aquella villa, Don Justo Huidobro, previniendo á éste que procediese á formar sumaria á los eclesiásticos; y en cuanto á los demás, sin otra formalidad que la de identificar sus personas, les aplicasen la pena de muerte. Estaba al verificarse ésta, cuando con fecha del 17 del mismo mes, previno el virrey á dicho comandante que sin embargo de lo mandado, formase sumaria también á los seculares, fundándose en una real orden recientemente recibida que determinaba las formas como debía procederse en las causas de rebelión.

Esta providencia, que se atribuyó á los empeños del mismo Armijo, y la división de su mando en favor de Bravo ya antes se había tomado con respecto á Rayón, merced á los que interpuso su hermano D. Ramón, y al grado de aprecio en que éste se hallaba con el gobierno español. Con efecto, desde el 12 del mes de Enero mandó el virrey que se formase sumaria al Licenciado y concluída se le remitiese para determinar, manteniendo entretanto al reo en prisión segura. El comandante, que lo era el capitán D. Justo Huidobro, nombró fiscal de la causa al de igual graduación D. Rafael Irazabal; y éste nombró por escribano á D. Manuel Cao Romero realista voluntario, auxiliar de aquella comandancia.

Se dió principio á la sumaria con la inserción en testimonio de varias piezas ó documentos de los publicados de Rayón, entre otros que remitió al virrey, la proclama en que aquel caudillo reprobó la capitulación de Cóporo; se procedió al examen de varios testigos que declamaron sobre su conducta desde su ingreso á la revolución, se le recibió su confesión y practicaron varios careos por las diferencias que resultaron entre ésta y la deposición de aquéllos.

Los cargos se le formaron sobre cada uno de los hechos que ya se han referido en este artículo, de los que algunos fueron contestados victoriosa-